

un ojo hace por fin brotar
de lo que se ha creído ver
sobre la mar
un hilo de cristal
impuro

ve más tarde sembrados
y rebaños; luego en la conmiseración
un arte inconcluso y recobrado

el otro mira hacia Sorrento,
pues de allí recuerda vienen
los perfumes agrios
de las muchachas vírgenes

un ojo labra entre el agua y la tierra
un comercio tenaz y silencioso;
el otro hace posible el sosiego previo
para que algo se reanude entre
ellas y se fomente el rayo,
volviendo inmemorial el orden
que perfora el labio del que llora,
y sopla en la pavesa irreal
de aquel que duerme

para todo ojo impávido
la luz viene con serpes
-con cierta ligera noción
de recomienzo-;
como un dios de letanías
en la tersura del espejo
entreteje raíces livianas
con beatitudes extremas;
arduo es para el pescador
de seres nocturnos,
una vez probada la carne
entre pitanzas y salarios,
el rasgar oblicuo
del epitelio de la siesta

mientras un ojo persigue
el animal que se pierde
entre los surcos
el otro conserva
en la memoria
el resplandor de lo probable

con un ojo maldice el soborno
de los días -su ligera heredad-

con el otro atisba la copa
de agua urgente que bebe
de a sorbos con una seca
piedad en las fauces,
si el metal filoso
desprovisto de verdad
vuelve otra vez
a marcar el perímetro
de tierra en que viaja
la sed de la tarde

pronto el mirar distingue
lo que se sabe de día
pero se ignora de noche
-la vanidad de la locura,
la fiable certeza que la cubre

son sólo dos los ojos que ven
al hombre llevarse a la boca
su negra hogaza de tierra

dos los ojos que ven púrpura
el hollín de las calendas

las cosas acaso
ocurrían muy por
detrás de los ojos

con la pequeña luna
de San Miniato al Monte,
lejos del plátano vacilante
de colores –con la estación
más breve del silencio

todo paisaje era por entonces
apenas una sucesión de muertes
provisorias e instantáneas
para las artes del fuego
y la memoria